

## **LAS SOMBRAS DE LA BARBARIE. CONFRONTACIÓN DE MEMORIAS COLECTIVAS EN LOS PAÍSES EX YUGOSLAVOS.**

*José Ángel Ruiz Jiménez*<sup>1</sup>

### **Resumen**

Este artículo tiene como objeto de estudio la memoria histórica de los grupos identitarios violentamente escindidos de Yugoslavia entre 1991 y 1999. Tras los conflictos armados, ha transcurrido más de una década de estabilidad, donde los hechos políticos más destacables han sido la tranquila secesión de Montenegro tras un referéndum en 2006 y la incruenta independencia unilateral de Kosovo en 2008. Empero, si bien la región va dejando atrás su paisaje de posguerra, los conflictos persisten. Uno de los principales elementos de tensión que pueden deparar nuevas escaladas violentas es la persistencia de un imaginario colectivo donde los distintos grupos identitarios se perciben como enemigos seculares con quienes la convivencia no es deseable. Se mostrarán, de modo sucinto, las distintas versiones históricas enfrentadas, que suponen uno de los principales obstáculos para la normalización de las relaciones sociales en los Balcanes Occidentales, así como una amenaza para la estabilidad europea.

Palabras clave: Antigua Yugoslavia, memoria histórica, nacionalismo, posguerra.

### **Introducción**

Los conflictos balcánicos habidos desde 1991 han llamado poderosamente la atención de académicos, políticos, periodistas y ciudadanos comunes por su enorme grado de violencia, por haber tenido lugar en el corazón de Europa y por las circunstancias que los caracterizaron: nacionalismos, genocidios, odios interétnicos y memorias e identidades *asesinas*.

El ánimo que mueve a analizar con detalle y de forma conjunta las distintas memorias históricas de los pueblos ex yugoslavos viene dado, en buena medida, por la enorme trascendencia histórica de los resentimientos y victimismos producto de los conflictos habidos entre los distintos grupos. En este sentido, la última década del

---

<sup>1</sup> José Ángel Ruiz Jiménez es profesor titular de Historia Contemporánea y miembro de IPAZ en la Universidad de Granada (j.angel@ugr.es).

siglo XX supuso un vuelco especialmente dramático a la convivencia que caracterizó las relaciones durante casi medio siglo.

Si bien la violencia directa prácticamente ha desaparecido de la región, los conflictos están lejos de haber desaparecido, y éstos se fundamentan en la disputa entre diversos grupos identitarios cuyas memorias históricas siguen llamando a la desconfianza mutua. De este modo, la paz no ha significado reconciliación, y la normalización de relaciones entre los nuevos Estados sigue poderosamente condicionada por los agravios pasados, que continúan muy presentes en la memoria colectiva.

La inversión económica realizada por la comunidad internacional para promover la reconstrucción postbélica de la zona fue de un volumen sin precedentes, siendo, indudablemente, el más completo esfuerzo de *peacebuilding* habido en la historia. No obstante, cuando las diversas formas de intervención realizadas están tocando a su fin, es evidente que existe una enorme carencia respecto al deseable y necesario tratamiento de la memoria histórica en un sentido que facilite una mejor comprensión del pasado colectivo para iniciar una reconciliación genuina. Esta ausencia resulta fundamental en un lugar donde la memoria histórica ocupa un papel especialmente relevante.

Hasta el momento, poco se ha hecho sobre memoria histórica más allá de recoger testimonios individuales de víctimas de violencia directa y simbólicos gestos de perdón de presidentes hacia sus vecinos, casi siempre mal entendidos entre sus propios ciudadanos. Este trabajo pretende dar un paso, así sea modesto e inicial, hacia la comprensión y contrastación de las distintas versiones de los hechos según las recuerdan el grueso de sus protagonistas.

### **Identidad, memoria histórica y conflicto: el caso balcánico**

La identidad de un grupo está en gran medida condicionada por lo que sus miembros recuerdan y por tanto mantienen vivo, con las consecuencias positivas y negativas que esto lleva consigo. Cuando existe un conflicto prolongado la historia entreverada de violencia intergrupala —entre serbios, croatas, bosnianos y albanokosovares; hutus y tutsis; hindúes y musulmanes, etc.— refuerza la memoria colectiva de los momentos en que unos fueron profundamente agredidos por los otros. Tales recuerdos se convierten en auténticos traumas, que se renuevan como parte de la psique grupal inconsciente y se transmiten de una generación a otra, como ha demostrado suficientemente Jean Paul Lederach.<sup>2</sup>

Por otra parte, el irenólogo Johan Galtung, al referirse a los factores de violencia estructural más comunes, destaca los traumas de las historias nacionales en forma de

---

<sup>2</sup> Lederach, 2005.

agravios, que derivan en imaginarios compartidos de victimismo y resentimiento. Éstos, añadido, pueden desembocar en nuevas oleadas de violencia, a veces superiores a las recordadas, que continúan así alimentando una peligrosa espiral de guerra y barbarie. Estas memorias a menudo encuentran su origen en circunstancias manipuladas, oscuras o simplemente falsas. En el caso de la antigua Yugoslavia, el enorme efecto de las tensiones interétnicas en la política de la región ha sido enorme desde los años 20 del siglo pasado hasta la actualidad, sobre todo en el período 1991-1999.

De hecho, Occidente ha construido en los últimos cien años un discurso enormemente distorsionado y peyorativo respecto a las poblaciones balcánicas, hecho cuyos motivos ya se han estudiado con la profundidad y el detenimiento que merecen.<sup>3</sup> Así, en este trabajo me centraré en algunas claves de memoria colectiva que explican como entre algunos de los grupos nacionales de la región se ha consolidado una profunda enemistad. De hecho, es prácticamente imposible vivir en Serbia, Croacia, Bosnia y Herzegovina (BiH) o Kosovo y no tener una opinión formada respecto a las agresiones sufridas a manos de sus vecinos, mientras, curiosamente, ellos se consideran víctimas, siendo una cuestión que permea todos los sectores de la sociedad.

Además, en los países de la antigua Yugoslavia, las leyendas y distorsiones también parecen haberse fundido con la realidad, condicionando la memoria social. De este modo, da la impresión de que el pasado atormenta el presente porque en realidad *no es el pasado*. Como si la región no viviese una sucesión temporal cronológicamente ordenada, sino una especie de historia simultánea donde conviven el presente y el pasado, aglutinando fantasías, mitos y mentiras, lo que condiciona un imaginario colectivo que percibe su historia como esencialmente trágica. Esto nos ayuda a explicar el que, con frecuencia, los periodistas que cubrieron las guerras balcánicas de los 90 observaran que cuando se les referían relatos de atrocidades, dudaban si éstas habían tenido lugar el día anterior, en 1941, en 1841 o en 1441. De hecho, es muy habitual que la población local se remonte a enfrentamientos pasados, remotos o recientes, para explicar los problemas actuales. A menudo, el observador externo se siente abrumado porque al referirse a los motivos de los conflictos presentes, todos hablen, casi obsesivamente, de hechos acaecidos incluso varios siglos atrás. Como anécdota a este respecto, hasta en las negociaciones de los acuerdos de paz en Dayton, Milošević pidió expresamente a Karadžić que no hablara de Historia con Richard Hoolbroke y el resto de diplomáticos, porque no dudaba de que iba a referirles todas las atrocidades, humillaciones e injusticias que los turcos —quienes hacía tres generaciones que habían abandonado la región— habían llevado a cabo sobre los serbios durante siglos para que entendieran lo que su pueblo se jugaba en aquel conflicto. A este respecto, Michael Ignatieff afirma que parece

---

<sup>3</sup> Todorova, 1997; Ruiz Jiménez, 2010.

existir un imaginario colectivo de desagravios pendientes, y que al no poder hacerse justicia a los difusos crímenes del pasado, éstos permanecen atrapados en un presente eterno, clamando venganza. En palabras de Geoffrey Hartman, en los Balcanes «*la maraña entre memoria y venganza no cesa*».<sup>4</sup>

Muy pocos tienen en Serbia, Croacia, BiH y Kosovo una visión consciente, ordenada y documentada sobre su pasado nacional. En este sentido, una de las frases que puede escucharse por toda la región cuando se trata la de la enconada enemistad entre comunidades es: “para nosotros es muy difícil de explicar”, pues saben que el observador externo no podrá entender ni compartir sus lógicas ni, sobre todo, sus sentimientos. Sin embargo, eso no modifica, ni siquiera les hace cuestionarse una interpretación esencialmente arraigada en su psique individual y colectiva, que no es fruto de un estudio y conocimiento histórico mínimamente serios.

A continuación vamos a exponer las versiones más comunes y extendidas entre la población de cada una de las memorias nacionales que queremos estudiar. No se trata, por tanto, de una visión académica ni de análisis ni opiniones del autor, sino de narrar los hechos en los propios términos en que los expresan cada uno de los grupos étnicos implicados. Los relatos que siguen son fruto de lecturas y, sobre todo, de incontables conversaciones durante más de una década con nativos de todas las nacionalidades implicadas. En torno a ellos observaremos muchos de los desafíos concretos a que se enfrenta cualquier intento de reconciliación.

## **Las memorias enfrentadas**

- **Serbia**

La batalla de Kosovo Polje de 1389, que supuso la destrucción de su ejército y la muerte de rey Lazar, puso fin a una época de paz, prosperidad, autonomía y esplendor nacional. La subsiguiente ocupación otomana obligó a someterse al Islam durante cinco siglos, sufriendose una dura represión sobre los esfuerzos serbios por la independencia y humillaciones como el derecho de pernada de la nobleza turca respecto a las doncellas locales.

Finalmente, Serbia obtuvo su independencia en 1878, sólo truncada durante el paréntesis de la ocupación alemana entre 1941-45. Tras la segunda Guerra Mundial, Tito hizo borrón y cuenta nueva, proclamó la “Hermandad y Unidad” entre los pueblos yugoslavos y dejó atrás el socialismo antinacionalista que había esgrimido en la época del rey Alejandro y de los *ustaše*. Así, Serbia perdonó generosamente hechos como la política

---

<sup>4</sup> Hartman, 1994: 14.

filonazi del Estado Independiente de Croacia (Nezavisna Država Hrvatska, NDH) que tomó durísimas medidas de eliminación física contra la población serbia, judía, gitana y homosexual. La ideología ultraderechista del NDH motivó que la crudeza con que se emplearon contra sus víctimas horrorizara a los propios nazis, siendo el mayor ejemplo el campo de concentración de Jasenovac. En tan sólo tres años, medio millón de serbios, así como decenas de miles de judíos y gitanos, fueron asesinados.

En la Yugoslavia comunista, todas las repúblicas cantaban en público sus canciones nacionales, menos, para evitar susceptibilidades, en Serbia, por haber sido la cuna de la monarquía, acusada por el resto de nacionalidades de privilegiarla. Más allá de este detalle, tan anecdótico como significativo, Serbia se sentía maltratada: con población en BiH, Kosovo y Croacia fuera de la República de Serbia, y con parlamentos en las provincias autónomas de Kosovo y Vojvodina que influían en el gobierno de Serbia —incluyendo derecho de veto— pero que no podían ser influidos por éste, lamentaba el desequilibrio entre su peso poblacional y su cuota de poder en el Estado Federal. Ello era especialmente injusto debido a su casi exclusivo derramamiento de sangre para derrotar a los nazis y la generosidad con que acogieron de nuevo a los díscolos croatas y albaneses, pese a la ventaja que les daba su papel de vencedores, en un plano de igualdad y hermandad.

Ya desde la década de los 80 se empezaron a dar movimientos en Serbia para recuperar la identidad perdida. El sexto centenario de la batalla de Kosovo Polje contempló a un político que al fin hablaba de Serbia, sepultada hasta entonces bajo un yugoslavismo que la debilitaba cada vez más: Slobodan Milošević. Éste aprovechó los actos de la efeméride para afirmar que ya lucharon contra los turcos en aquel escenario y que si había que volver a combatir allí, lo harían: los serbios contra los musulmanes. Este mensaje insufló ánimos y orgullo después de lo castrada que había estado la identidad serbia durante décadas en Yugoslavia y de la progresiva pérdida de influencia de la comunidad serbia en Kosovo.

Así, cuando Milošević promulgó una reforma constitucional en 1988 que dejaba sin efecto los estatus de provincias autónomas de Vojvodina y Kosovo (efectivos desde la entrada en vigor de la constitución de 1974), los serbios sintieron, respecto a la segunda, que empezaban a recuperar una región de la que no sólo se habían enseñoreado los albaneses, sino que tomaba una peligrosa deriva separatista.

Cuando poco después estallaron los conflictos independentistas en Eslovenia y, sobre todo, en Croacia a comienzos de la década de los 90, el pueblo serbio se situó inmediatamente a la defensiva, pues se percibía la desintegración de la República Federal Socialista de Yugoslavia (RFSY) como una amenaza directa para él. La idea que daba sentido al país era la unión de todos las naciones eslavas de los Balcanes en un sólo Estado lo suficientemente fuerte como para enfrentarse con éxito a las ambiciones de sus

poderosos vecinos rusos y germanos. Además, al gozar todos de la misma nacionalidad, las posibles rivalidades y tensiones fronterizas entre ellos desaparecerían. Tal proyecto resultaba especialmente atractivo para Serbia, que tenía la peculiaridad de contar con más población que sus vecinos y de que una significativa minoría de sus miembros estaba repartida por Croacia, BiH y Kosovo. Esto no sucedía en absoluto en el caso de macedonios, eslovenos y albanokosovares, mientras que se daba en mucha menor medida en la población croata, presente también en la zona fronteriza con BiH. Respecto a la población musulmana de BiH, al no existir en el país ninguna región en la que fuese abrumadoramente mayoritaria, sino que habitualmente compartía su presencia con importantes minorías serbias y/o croatas en cada localidad, Yugoslavia también suponía una opción ventajosa. Por tanto, la idea de unir a todos los serbios en un sólo Estado era una de los principales objetivos subyacentes al proyecto yugoslavo. En realidad, desde Serbia nunca se percibió a la RFSY como una posible Gran Serbia, sino que se contemplaba más bien la unidad de todo el pueblo serbio en un Estado en el que conviviera armónicamente con otras minorías, como la croata o la musulmana, en una especie de URSS donde Serbia, como Rusia, jugara un papel protagonista, pero no exclusivo.

Eslovenia, en una esquina del mapa yugoslavo, con una lengua distinta y una población muy homogénea, siempre había vivido un tanto apartada del resto. Sin embargo, el desafío que suponía la independencia de Croacia implicaba destruir Yugoslavia a costa de la unidad por la que los serbios habían pagado un precio tan alto. La derecha croata, siempre amenazante en el exilio y buscando la oportunidad de desequilibrar la RFSY, vio en la caída del *comunismo real* la oportunidad de regresar bajo la excusa nacionalista. Por otra parte, la población croata, que disfrutaba de un mejor nivel de vida que la serbia, se sentía erróneamente discriminada ante la aparente preferencia del Estado por favorecer con empleos públicos —casi todos, en un país socialista como aquél— a serbios antes que a croatas, incluso para puestos de trabajo disponibles en Croacia. En realidad, más que una política de preferencia hacia Serbia, el criterio a la hora de adjudicar empleos era favorecer a los ciudadanos con rentas más bajas, que solían ser serbios antes que croatas. De cualquier modo, desde Belgrado se veía con buenos ojos esa presencia serbia en Croacia, que se acrecentaba además con los matrimonios mixtos de esos jóvenes desplazados con población local, para *yugoslavizar* el país y disminuir un posible regreso del nacionalismo.

Para los serbios de Croacia, el auge nacionalista de esta república, con una exagerada exhibición de símbolos patrios, así como la inminencia de pasar, de la noche a la mañana, de vivir con normalidad en su país a perder sus derechos de ciudadanía, les supuso una perspectiva aterradora al haber sido privados en la nueva Constitución croata del estatus de “pueblo constitutivo”, pasando a ser simples extranjeros. De hecho,

en Croacia, gran parte del auge independentista se debió a la posibilidad para los nativos de ocupar los empleos vacantes con la previsible salida de los serbios que ocupaban *puestos de trabajo croatas*, que o bien debían renunciar a su nacionalidad o bien se convertirían en no aptos, naturalmente, para trabajar como funcionarios en la Croacia independiente. Más tarde, demasiado para los serbios, Croacia tuvo que modificar éste y otros aspectos de su Constitución para ser admitida como Estado miembro de la ONU.

Especialmente en los enclaves serbios, como la Krajina y Eslavonia Oriental, percibieron aquellos hechos como el regreso de los *ustaše* fascistas que llevaron a cabo el asesinato de decenas de miles de civiles serbios durante la Segunda Guerra Mundial. Tras perdonar y reconciliarse con los *ustaše* en nombre de la paz y la hermandad tras la derrota fascista en 1945, éstos les respondían creando un nuevo Estado nacionalista y excluyente. Afrontaron la situación con un planteamiento muy claro, siendo una de las frases más repetidas en los enclaves serbios de Croacia: *esta vez no nos masacrarán como entonces, ahora nos defenderemos*. No estaban dispuestos a que volvieran a repetirse los episodios de la Segunda Guerra Mundial, cuando, entendían, fueron diezmados por no unirse y luchar a tiempo. Así, activaron el Plan de Defensa Territorial (PDT) en sus comunidades.<sup>5</sup> Además, el JNA (Jugoslavenska Narodna Armija o Ejército Popular Yugoslavo), cuya obligación constitucional era preservar la integridad nacional, acudió a socorrer a la amenazada población serbia. Por aquel entonces, la inmensa mayoría de los militares eslovenos y croatas ya habían desertado de sus filas. En el caso de Croacia, muchos de aquellos soldados, junto a policías locales y reservistas, construyeron su guardia nacional a partir del PDT.

De cualquier modo, los serbios eran el colectivo predominante en el JNA, debido a su mayor volumen de población. Además, los altos mandos eran en su gran mayoría serbios por varios motivos, entre otros su más prolongada tradición militar como Estado independiente, su mayor compromiso con la idea unitaria y su cercanía a Belgrado, donde se tomaban las decisiones clave en el ejército —que era la institución menos descentralizada de la federación—. Los serbios de la región de la Krajina, llegaron a proclamar la República Serbia de la Krajina dentro de Croacia. Si la zona de Yugoslavia con mayoría Croata se había independizado con criterios demográficos, el mismo

---

<sup>5</sup> *Territorijalna Odbrana*, plan de defensa civil que, ante la posibilidad de una invasión extranjera como la sufrida a manos de Alemania en 1941, consistía en ofrecer formación militar a todos los ciudadanos —era una asignatura obligatoria en la educación secundaria que incluía prácticas de tiro—, así como el establecimiento de arsenales disponibles para la población civil. La impune invasión de Checoslovaquia en 1968 por parte de la URSS llevó a las autoridades de la RFSY a crear esta institución, que convertía a cada yugoslavo en potencial guerrillero ante la segura derrota del ejército regular en caso de invasión de una superpotencia como la soviética. El buen resultado de las guerrillas partisanas ante los nazis inspiró, en gran medida, una iniciativa que llegada la guerra civil hizo mucho más cruento el conflicto.

argumento debía permitir la secesión de la zona de Croacia con mayoría serbia. Al fin y al cabo, se habían establecido allí hacía cinco siglos para escapar del régimen otomano y vivir en un país cristiano a cambio de defender las fronteras del Imperio austriaco, siendo la barrera que protegió a esa zona de Europa de una mayor expansión del Islam. Después de prestar aquel servicio, si aquella no era su casa después de 500 años, ¿entonces cuál era? Para ellos, los croatas hablaban de opresión serbia, cuando lo que se había dado era una convivencia pacífica, armoniosa e igualitaria en la RFSY desde 1945, así como una mejor calidad de vida en esa etapa.

La comunidad internacional reconoció la independencia de Croacia, que era una de las seis repúblicas de la RFSY, pero no la de la Krajina independiente, que no había disfrutado de estatus alguno en Yugoslavia. En 1993, debido a la presión internacional que consideraba las operaciones del JNA como agresión a un país que había votado su independencia, por una parte, y a los acuerdos entre el presidente croata Tudman y Milošević de cesar sus hostilidades, el JNA recibió instrucciones para retirarse. El repliegue llenó de estupor tanto a los serbios del lugar, que se sintieron abandonados y vendidos por Belgrado, como a los propios militares, que se retiraron de sus posiciones entre la perplejidad y la impresión de que traicionaban a poblaciones con las que habían convivido durante meses, y a las que ahora dejaban indefensas ante el previsible avance militar croata.

En el verano de 1995, la ofensiva militar croata denominada Operación Tormenta, apoyada logísticamente por EEUU, arrasaría las defensas serbocroatas, provocando un éxodo masivo que supuso una limpieza étnica, que terminó definitivamente con la minoría serbia en Croacia. Naturalmente, tanto los serbios que debieron abandonarla para siempre, como los que se vieron obligados a acogerlos como refugiados en Serbia, consolidaron su antipatía hacia los *ustaše*.

En cuanto a BiH, se trataba de una región históricamente poblada por serbios que solo había obtenido el estatus de República en 1945 por la política de equilibrios de la Yugoslavia titista, no siendo más que una región de referencia geográfica hasta aquel momento. Tras la desaparición del Imperio Otomano, la mayoría de nativos que se habían convertido al Islam permanecieron en la región, no habiendo conflictos en los que fueran protagonistas hasta 1992. Entonces, ante la posibilidad de independencia de la República de BiH, en la que los musulmanes eran mayoría, la comunidad serbia se rebeló, considerando inaceptable volver a ser minoría en un país islámico *bajo los turcos* que tanto les habían agraviado en el pasado, en un gobierno dirigido por el radical islamista Alija Izetbegović y su partido, el SDA. Tras combatir durante siglos contra el dominio otomano en los Balcanes, no tenía sentido volver a dividir a la nación serbia y convertir a parte de ella, otra vez, en minoría en un país musulmán debido a un separatismo de legalidad y legitimidad cuestionables. De hecho, tras las elecciones de

1992 tras las que Izetbegović declaró la independencia, la comunidad internacional, a diferencia de lo sucedido con Croacia y Eslovenia, no reconoció al nuevo Estado. Así, los serbios de Bosnia y Herzegovina cuyo movimiento político se articuló alrededor de Karaždić, plantearon su voluntad de crear un nuevo Estado serbio libre del control musulmán.

La primera víctima de la guerra fue el serbio Nikola Gardović, asesinado en público el día de la boda de su hijo por el islamista radical Ramiz Delalić, quien luego sería comandante de brigada del ejército bosniaco. Los siguientes en caer fueron 50 jóvenes soldados del JNA de todas las nacionalidades, que formaban parte de un convoy que abandonaba pacíficamente la ciudad de Tuzla en mayo de 1992. Fue una acción militar preparada desde las más altas instancias del liderazgo político-militar bosniaco y ejecutada por Ilija Jurišić —que sería jugado y condenado por ese delito—.

Pese a todo, la prensa internacional tomó partido por la comunidad musulmana, como si fueran víctimas tras haber tratado de *fagocitar* a los serbobosnios y *celebrar* su independencia con agresiones tan violentas como las referidas. Los episodios más difundidos, repetidos hasta la saciedad, fueron el cerco a Sarajevo —en particular la bomba en el mercado— y los hechos de Srebrenica. En ambos casos, la prensa internacional ofreció una imagen premeditadamente tendenciosa. En el caso de la bomba en el mercado, una investigación independiente apunta a que fue obra del propio gobierno musulmán, que cínicamente sacrificó a algunos de sus propios ciudadanos para forzar una intervención militar de la OTAN contra las posiciones serbias. El caso de Srebrenica, por otra parte, supone el episodio más conocido de aquella guerra, en el que aparentemente unos despiadados trogloditas serbios masacraron a miles de inocentes a sangre fría. El estigma que sufre Serbia desde entonces le ha sido enormemente perjudicial. No obstante, la realidad es más compleja: poco se ha dicho sobre las tropas del oficial musulmán Naser Orić, que atacaba continua y despiadadamente las poblaciones serbias de la comarca, para después refugiarse en Srebrenica bajo la protección de los cascos azules de la ONU. Después de una estancia simbólica en La Haya, Orić regresó a BiH, siendo recibido como un héroe. El décimo aniversario de la matanza de Srebrenica supuso una oportunidad de contrastar varios mitos y realidades respecto a la guerra en BiH. En julio de 2005, miles de serbios vieron en televisión *La Verdad*, documental que mostraba como los serbios eran en realidad las víctimas de aquél conflicto. Días antes, un diario belgradense había publicado un suplemento de 16 páginas titulado *El libro de los muertos*, donde se incluía una lista de los más de 3.000 serbios de la región de Srebrenica que perecieron en la guerra.

El reconocimiento de las continuas agresiones sufridas por la población Serbia es también un trabajo pendiente de la recuperación de una memoria histórica que parece reivindicarse sólo para los musulmanes. De hecho, el Comité para las Víctimas Serbias

de la Guerra de Yugoslavia, nunca ha admitido la cifra oficial de bosnios asesinados en Srebrenica reconocida por la comunidad internacional. Al día siguiente del homenaje a los caídos en Srebrenica de julio de 2005, que contó con la presencia de innumerables representantes de la comunidad internacional, y que disfrutó de una cobertura mediática extraordinaria en todo el mundo, tuvo lugar en la cercana Kravica un acto similar con objeto de honrar a las víctimas serbias de la región y de competir con el anterior. Una enorme cruz ortodoxa es el monumento en su memoria. Sin embargo, nadie más que sus compatriotas parece compadecerse de ellas. Inexplicablemente, tampoco la comunidad internacional prestó mayor atención a las matanzas de serbios por militares croatas en la Krajina y Eslavonia Oriental, donde los muertos se contaron por cientos y el número de desplazados alcanzó el cuarto de millón.

No obstante, en un duro ejercicio de *ecuaminidad*, el gobierno de Vojislav Koštunica hizo público un documento condenando todos los crímenes de guerra, a la vez que se equiparaba la masacre de Srebrenica con los asesinatos de serbios acaecidos en la región durante la guerra de 1991-1995. Pese a los desagradables hechos inherentes a toda guerra, aquel conflicto hizo posible el autogobierno de la República Srpska, gracias a la cual los serbios escaparon del control directo de las autoridades musulmanas.

Respecto a Kosovo, el 28 de junio de 1389, el zar serbio Lazar murió derrotado por el Imperio Otomano en la mítica batalla de Kosovo Polje, y con él desapareció el reino medieval de Serbia. Los albaneses, en cuanto cristianos ortodoxos que eran entonces, lucharon integrados en las huestes de Lazar. Aquel combate hizo de Kosovo la cuna de la nación serbia y allí se encuentran los templos más sagrados de su iglesia autocéfala, con sede en Peć. Tras siglos de lucha, Serbia obtuvo la plena independencia del Imperio Otomano en 1878. Posteriormente, la conferencia de Londres de 1913, tras la Segunda Guerra Balcánica, sancionó la natural pertenencia de Kosovo a la corona serbia. Poco después, durante la Primera Guerra Mundial, ante el empuje de Austria y Alemania, las tropas serbias tuvieron que huir hacia el sur. Al viejo rey, Petar I, lo llevaron, enfermo, en una carreta tirada por bueyes. Le siguieron el gobierno, su estado mayor, miles de civiles con mujeres y niños y los monjes con las reliquias de San Esteban I. Todos ellos atravesaron las áridas montañas de Albania, cuya población estaba resentida por la derrota de hacía un año. Cerca de 20.000 serbios perecieron en esta travesía, siendo agredidos con saña ventajista por los albaneses mientras se encontraban en penosa retirada y en un momento tan delicado de su historia. Como tantos daños a Serbia, éste sería olvidado y perdonado en nombre de la hermandad y unidad del comunismo yugoslavista. De hecho, en 1968 Tito decidió elevar el estatus de Kosovo a república autónoma con Parlamento y Gobierno propios, una universidad en su lengua, derecho a usar su bandera junto a la federal, policía propia, tribunal supremo, y canales de radio y televisión. Además, se reconocieron públicamente por parte de Belgrado los

daños sufridos por los kosovares a manos del ministro Aleksandar Ranković en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Las autoridades de la república autónoma procedieron entonces a una primera versión, si bien incruenta, de *limpieza étnica*, ocupándose prácticamente todos los cargos públicos por albaneses. Las prácticas utilizadas por parte de las autoridades provinciales albanokosovares fueron sobre todo de sutil intimidación, minimizando abiertamente el papel de la minoría serbia en la región, de modo que ésta terminó por sentirse casi extranjera en su propio país, optando en muchos casos por emigrar. Así, se daban extorsiones para vender tierras a albaneses, asesinatos y complots separatistas. Ante esta realidad, muchos de los serbios que permanecían en Kosovo, para proteger su identidad cultural, cerraron filas y se acercaron a la incipiente corriente ideológica nacionalista y ortodoxa que en Serbia ya comenzaba a desplazar al discurso comunista. Además, los albaneses de Kosovo tenían el índice de natalidad más elevado de Europa, lo que no hizo sino aumentar los recelos de los serbios acerca de que los musulmanes tenían “un plan” concertado para desplazarles por completo y acabar independizando Kosovo. De esta forma, a la muerte de Tito, en 1980, los albaneses eran ya cerca del 80% de la población.

Curiosamente, en Kosovo convivía el deseo de independencia respecto a Serbia, con unas constantes exigencias de ayuda económica, argumentando que si todos eran yugoslavos, debían serlo también en cuanto a nivel de vida. Ciertamente, Kosovo era la región más pobre del país, lastrada por sus estructuras arcaicas y semimañosas de clan, incultura y poca disciplina de trabajo. Por otra parte, obviaban el hecho de que casi la mitad de los fondos de ayuda de la federación yugoslava se invertían en Kosovo y eran administrados directamente —y con una pésima gestión— por las autoridades regionales.

Tras la ya referida devolución de la autoridad de Kosovo a Serbia entre 1988 y 1989, tuvieron lugar las guerras de Eslovenia, Croacia y BiH, donde la intervención de la comunidad internacional resultó decisiva. Los albanokosovares hubieran deseado que ésta apoyara su independencia de Serbia, señalada como estado despótico por la opinión pública occidental, pero nada de ello sucedió. A falta de mejores armas, crearon un gobierno paralelo tras unas elecciones ilegales y trataron de ignorar y boicotear las instituciones serbias, sin éxito. Así, en 1998, el separatismo albanokosovar llegó al extremo de entregar su causa a un grupo terrorista fuertemente armado, el Ejército de Liberación de Kosovo (Ushtria Çlirimtare e Kosovës, UÇK), que obligó a las autoridades serbias a emplearse a fondo para responder a un desafío de tal magnitud dentro de sus fronteras. Si la comunidad internacional permitió que se limpiara Croacia de serbios para facilitar una de paz *realista*, ¿por qué no iba a permitir que se hiciera cumplir la ley en Kosovo? Al fin y al cabo, el propio Milošević fue uno de los ingenieros de los célebres acuerdos de Dayton y gozaba del favor de Estados Unidos, que lo consideraba un actor

cuya colaboración fue de gran ayuda para acabar con la guerra en BiH. Sin embargo, EEUU, al principio remiso a intervenir, concluyó que la OTAN necesitaba una guerra humanitaria mediática que justificase su existencia tras la caída de la URSS y para compensar la inoperancia de la ONU; por otra parte, la perspectiva de establecerse en una región clave para el transporte de hidrocarburos resultaba muy atractiva. De hecho, EEUU terminaría por construir su mayor base militar fuera de sus fronteras en Kosovo.

Por todo ello, durante 1998 y 1999, los medios de comunicación internacionales fueron manipulando la opinión pública hacia posturas que casi exigían una intervención militar que terminase con lo que definían como inaceptable limpieza étnica orquestada por un despiadado dictador, Milošević, al que señalaban como principal responsable de las guerras de BiH y Croacia. Sin embargo, en Serbia se vivían los hechos de un modo muy distinto, pues se conocía perfectamente el número de policías y civiles serbios víctimas de los albanokosovares, dejados de lado por la prensa occidental. Internet era todavía una herramienta minoritaria, y en Serbia se consideraba un grave problema interno, pero se desconocía la oleada de informaciones sobre fosas comunes, pueblos quemados, etc. que inundaba los informativos extranjeros y donde las víctimas eran siempre los albanokosovares. Nadie pensaba allí que en el siglo XXI la OTAN intervendría realmente, y aún no entienden por qué lo hizo. En otras partes del mundo sí sucedían verdaderas calamidades, pero lo de Kosovo no merecía aquella conmoción y movilización diplomática y militar. Los serbios estaban en sus problemas de cada día. Además, nunca se entendió por qué la OTAN bombardeó las infraestructuras civiles de toda Serbia, incluso en regiones del norte del país, cuando lo único que se hacía era luchar contra un grupo terrorista que trataba de destruir la legítima autoridad de un Estado soberano.

Además, antes de los bombardeos, la arrogancia de la comunidad internacional había tratado de humillar a Serbia en las mal llamadas conversaciones de paz Rambouillet, donde intentaron imponerle unas condiciones inaceptables. En ellas, el país podía ser ocupado en su totalidad por tropas extranjeras para investigar los supuestos crímenes de guerra que habían tenido lugar en Kosovo, en lo que parecía un patético *revival* del ultimátum de Austria en 1914. Por ello, Milošević y el ministro de exteriores y defensa afirmaron: «*lucharemos*» contra 19 potencias extranjeras, incluyendo a Estados Unidos. Después del acuerdo, Milošević dijo en televisión: «*ganamos la guerra, aunque nos retiramos de Kosovo*», porque éste quedaba como parte de Serbia y las tropas extranjeras solo pisarían esa provincia y no el resto del país. Curiosamente las condiciones eran mucho más ventajosas que las ofrecidas en Rambouillet antes de la intervención militar de la OTAN —de ahí la lectura optimista de Milošević—. Tras el remedo de negociaciones posteriores supervisadas por Martti Ahtisaari —es inaceptable que tras un robo se plantee negociar acerca del bien sustraído— se consumaría la tragedia serbia al proclamarse unilateralmente la independencia de Kosovo en 2008, siendo paulatinamente reconoci-

da por varios de los Estados más poderosos de la comunidad internacional. No obstante, el que Rusia y China —entre otros— aún no lo hayan hecho continúa situando a Kosovo en un limbo legal. Desde la salida forzosa de las autoridades serbias, los albanokosovares han destruido sistemáticamente iglesias y monasterios ortodoxos que son patrimonio de la humanidad, así como profanando cementerios serbios y agrediendo a los religiosos que permanecen allí. No obstante, Kosovo es Serbia, y se mantiene el deseo de recuperarlo en el futuro.

En consecuencia, el resentimiento contra EEUU es aún muy fuerte. Tras más de una década de supervisión política y control militar extranjero en Kosovo, lo único que tienen claro ambas comunidades locales es que se detestan. La convivencia ha empeorado y un albanokosovar difícilmente encontrará un motivo para visitar Serbia, mientras desplazarse en Kosovo en un automóvil con matrícula serbia implica recibir improperios y pedradas cada pocos kilómetros.

Por todo lo anterior, los serbios son las mayores víctimas en todas las guerras: expulsados violentamente de Croacia, forzados a abandonar el Oeste de BiH y luchar por mantenerse en el Este sin quedar bajo autoridad de los nacionalistas musulmanes, privados de Kosovo con malas artes, violencia y desconociendo el derecho internacional, marcado como Estado agresor en Eslovenia y Croacia y como precursor de genocidios en Bosnia y Kosovo, estigmatizados mediante el TPIY y convertidos en parias a la cola de las candidaturas a ingresar en la UE y como receptor de inversiones exteriores.

- **Croacia**

Ha existido una larga historia de liberación nacional contra los distintos pueblos que han sometido históricamente a Croacia. Tras siglos de control del Imperio Austro-Húngaro, los acuerdos de paz del final de la Primera Guerra Mundial obligaron a Croacia a integrarse en el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, denominado por primera vez Yugoslavia en 1929. Este país había sido diseñado desde el exterior según el criterio del gabinete del presidente de los EEUU Woodrow Wilson. Pese a todo, tras su negativa experiencia con los germano-magiares, muchos croatas vieron en el nuevo Estado la posibilidad de crear un país que hermanara a todos los pueblos eslavos de los Balcanes, vieja aspiración de numerosos intelectuales de la zona.

En aquella primera Yugoslavia (1918-1941), Croacia no tardaría en sentirse justamente discriminada y desengañada por el déspota centralismo de los reyes serbios. La monarquía constitucional pronto se vio condicionada por las leyes centralistas pro-serbias impulsadas por Nikola Pašić, así como por medidas de control político-social como la Ley de Protección de la Seguridad Pública de 1921. Como ejemplo del desigual reparto de responsabilidades entre los tres pueblos constitutivos del joven Estado, baste

decir que de los 116 generales del ejército, solo cinco eran croatas y uno esloveno. El Partido Campesino (PC) croata denunciaba constantemente los abusos de poder. En 1928, sus quejas llevaron a una discusión en la que un diputado serbio-montenegrino, Puniša Račić, disparó a la bancada croata en plena sesión parlamentaria. Dos diputados fallecieron en el acto, mientras otros tres resultaron heridos, entre ellos Stjepan Radić, líder del PC, quién no sobrevivió. Račić tan solo sería condenado a arresto domiciliario, quedando más tarde en libertad. No tardaría en instaurarse una dictadura que desveló el verdadero carácter despótico de aquel Estado y que tensó aún más la convivencia entre comunidades.

Lo anterior explica el ansia de independencia croata, obtenida mediante una alianza con las potencias del Eje entre 1941 y 1944. Si bien había fuerzas comunistas y socialdemócratas en el país, fue el partido nacionalista de Ante Pavelić quien se hizo con el poder. Éste se vio más favorecido por la influencia en la región de las entonces triunfantes tropas alemanas que por el apoyo del pueblo. Fuerzas paramilitares denominadas *ustaše*, fuera del control del incipiente ejército regular, llevaron a cabo acciones de revancha contra los serbios que hasta entonces se habían comportado como si fueran los amos del país. La derrota de Alemania trajo consigo el control de las guerrillas comunistas partisanas, que aprovecharon la situación para saquear las casas de los civiles croatas, en las que a menudo se instalaban para ser atendidos por sus moradores. También vengaron con despiadada impunidad las acciones *ustaše*, cometiendo excesos como la masacre de Bleiburg de 1945. En este triste episodio, asustados por la violencia partisana, numerosos militares y civiles, huyeron a Austria para entregarse al ejército británico, del que esperaban un trato más benevolente. Sin embargo, éste abandonó a los refugiados en manos de los partisanos. Los que no fueron masacrados allí mismo iniciaron lo que se recuerda como el *via crucis* croata: un penoso camino de vuelta a casa —o a campos de concentración, según los casos— a pie en el que los partisanos se ensañaron con sus prisioneros, a veces sumariamente ejecutados por dudosas acusaciones de colaboracionismo y a veces víctimas de juegos humillantes para satisfacción de sus captores, del hambre o de la extenuación. En definitiva, aquel intento de huida de refugiados devino en genocidio. Algunos historiadores elevan a 65.000 el número de fallecidos entre los refugiados de Bleiburg.

Si, como hemos visto, la *hermandad y unidad* de los partisanos no empezó con buen pie, una vez terminada la guerra la represión se prolongó durante largos años, y la isla de Goli Otok —la “isla desnuda”— se convirtió en un temido y conocido referente, pues era el triste destino de los opositores a la dictadura comunista de Tito.

La progresiva descentralización de la RFSY y las ideas liberalizadoras de 1968 hicieron posible un despertar croata en el que se llamó la atención sobre varios puntos. El primero es que la política de industrializar las repúblicas más atrasadas —Kosovo,

BiH y Montenegro— parecía una forma de privar a Croacia —y a Eslovenia— de sus bases económicas, pues muchas de las nuevas fábricas duplicaban las ya existentes o eran claramente deficitarias, con el agravante de que se construían, en gran medida, con el aporte económico de las regiones más ricas a través de un fondo federal de solidaridad. Por otra parte, los bancos de Belgrado mantenían parcelas de poder monopolistas y la etnia croata estaba llamativamente infrarepresentada en el parlamento de BiH. Además, se prohibía exhibir la bandera y cantar las canciones patrióticas croatas, a la vez que se cuestionaba la existencia de su lengua, integrada en una invención denominada *serbocroata*, promocionada en publicaciones como un diccionario aparecido en 1967, donde la regla era la forma serbia, mientras la croata se consideraba desviación dialectal. Circunstancias como las anteriores hicieron posible la denominada Masovni Pokret —coloquialmente *Maspok*— de 1971, que recordaba tanto a la Primavera de Praga como al mayo del 68 francés. Este movimiento de masas no violento reivindicaba más atención a las peculiaridades nacionales, más libertad y más democracia. El gobierno de Belgrado respondió purgando a los cuadros del partido comunista croata por permitir las manifestaciones y condenando miles de implicados a penas de prisión.

Croacia, tras las sacudidas que supusieron la crisis del petróleo de 1973 —no obtenía ningún beneficio de compartir su menguante riqueza con otras repúblicas—, la debacle del *comunismo real* entre 1989 y 1991, y la previsible mayor dificultad de acceso a la UE de continuar en un país comunista, abandonó definitivamente su identificación con el proyecto yugoslavo. La derogación por parte de Serbia del estatus de provincia autónoma de Kosovo y Vojvodina, con fuertes medidas represivas en el caso de la primera, reforzaron además sus temores de que la RFSY no era sino el velo que encubría una política de hegemonía serbia sobre sus vecinos. Por todo ello, tanto Croacia como su vecina Eslovenia decidieron soltar el *lastre* económico que les suponía el resto del país, y de paso obtener una independencia política total que les liberara de la tutela serbia. La Constitución de 1974 consagraba el derecho a la secesión de cualquier república de la federación que así lo deseara, de modo que se llevó a cabo un referéndum por la independencia con toda legalidad y con la añadida legitimidad que ofrecía el derecho de autodeterminación de los pueblos.

Cuando Croacia proclamó su independencia, se confirmaron los peores presagios respecto a la agresividad serbia, cuyo ejército, bajo bandera yugoslava, asedió y bombardeó enclaves como Drubrovnik o Vukovar, cayendo incluso algunos proyectiles en Zagreb. Naturalmente, aquéllos hechos se percibieron tanto en Croacia como en el extranjero como la evidencia de que Yugoslavia escondía el yugo serbio sobre el resto de repúblicas. También se vivieron en Croacia como la reafirmación de que el pueblo serbio no era más un enemigo cruel, pues a los difusos recuerdos negativos del despotismo monárquico de los años de entreguerras se unían entonces los bombardeos sobre ciudades y los miles de

desplazados que huían de las armas del JNA, que de ser el orgullo de Yugoslavia había pasado a brazo ejecutor de los *četnik*. La consecuencia de atar ambos momentos, en los que Serbia aparecía como despiadado vecino agresor, en la memoria colectiva croata, fue un justificado resentimiento antiserbio.

Pese a todo, el presidente croata, Franjo Tuđman, prometió a todos los serbios de Croacia una vida normal, amparada en la constitución croata, y que podrían ser ciudadanos croatas o minoría serbia en Croacia. Lo único que tenían que dar a cambio, era abandonar sus proyectos separatistas llevados a cabo en la Krajina, dejar las armas y devolver el territorio al gobierno —al principio, habían llegado a ocupar un tercio de Croacia con la ayuda del JNA—. Aquellos serbios habían sido aceptados por Croacia hacía siglos en virtud a un contrato por el que podían establecerse allí hasta que los turcos se fueran. Pero llegado el momento, se quedaron y, no contentos con eso, pretendieron convertirse en los amos. Tras cinco años de pacientes negociaciones, la única respuesta que obtuvo el gobierno croata fue “Esto es Serbia”. Consecuentemente, se llevó a cabo una acción militar de liberación —la Operación Tormenta—, amparada por toda la comunidad internacional, con garantías de permanecer en el territorio para aquellos serbios pacíficos que así lo desearan y con el mínimo número de bajas posible.

Como afirmó un superviviente croata en la Krajina: *«Después de mil años de dominio austriaco y serbio, un día, en 1941, decidimos que ya era suficiente, pero la derrota de Alemania obligó a vivir bajo el yugo serbio por otros 50 años, si bien en esta ocasión se decían comunistas. De una vez por todas, nos hemos liberado. Para siempre»*.<sup>6</sup>

- **Kosova**

El origen nacional del pueblo albanés se encuentra en Kosova —denominación del país en albanés—, que cumplió el papel catalizador que Piamonte jugó en Italia en su proceso de unificación. La liga de Prizren se formará precisamente allí en 1878, algunas de las figuras más prominentes del nacionalismo albanés son originarias de Kosovo, y la lucha más fiera durante el proceso de independencia de Albania tuvo lugar en esa región. No obstante, los albanokosovares, pueblo de procedencia autóctona, han pasado de una dominación a otra durante siglos: primero los romanos, luego los bizantinos, después, los turcos otomanos y, finalmente, los serbios. Éstos, con presencia en la región sólo desde el siglo VII, han sido los últimos invasores de un país que finalmente obtuvo su trabajada independencia en 2008.

En los siglos siguientes al mitificado desastre nacional serbio de 1389, el albanés fue el único pueblo europeo que, junto con el bosnio, se convirtió mayoritariamente al

---

<sup>6</sup> Jansen, 2002: 79.

Islam. Protegido por los sultanes, fue consolidando sus derechos en la región kosovar. Cuando Serbia obtuvo la plena independencia del Imperio Otomano en 1878, las tierras pobladas por albaneses siguieron, sin embargo, fieles al poder islámico a cambio de que Constantinopla reuniera ese mismo año, en una sola provincia, lo que hoy es Albania y Kosova. En las guerras balcánicas de 1912-1913, los albaneses combatieron junto a los turcos contra Serbia y las otras potencias de la región. La derrota otomana supuso la independencia de Albania y una ampliación de las fronteras de los vencedores, incluyendo la integración forzosa de Kosova en Serbia mediante la conferencia de Londres (1913). Por aquel entonces, las fuentes ya confirman que había mayoría albanesa en la región.

En 1918 se fundó el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que tomaría el nombre de Yugoslavia (país de los eslavos del Sur) en 1929, y cuyo centro hegemónico era la antigua Serbia. Fue un proyecto político ambicioso, pues los “yugoslavos” estaban ya divididos entre sí. Además, había una población considerable cuya procedencia era completamente distinta a la eslava (alemanes, húngaros, albaneses, rumanos, etc.) que —como ocurriría en la Yugoslavia comunista— no apoyaban la idea de un Estado que les otorgaba un estatus menor frente a las naciones constitutivas.

La primera revuelta kosovar estalló en marzo de 1945, porque los albaneses se negaron a servir en el ejército yugoslavo. Entonces, el dictador comunista Tito impuso un estado de sitio que, dirigido por el sanguinario Aleksandar Ranković —responsable de la temida policía política, la OZNA—, duraría hasta 1966. Durante todo aquel período, Kosova —en particular su mayoría musulmana— fue tratado como si de una posesión colonial se tratase.

Tras nuevas revueltas en 1968 en que Kosova exigió el estatus de República y una universidad propia, empezaron a lograr cierta consideración por parte de las autoridades de Belgrado. Así, en 1974, la nueva Constitución reconocía la Provincia Autónoma Socialista de Kosova, pero siempre dentro del Estado federativo serbio. De este modo, las seis repúblicas yugoslavas —Serbia, Croacia, Montenegro, Eslovenia, Macedonia y BiH— negaron resueltamente a Kosova el carácter de séptima república, dotada como ellas de un teórico derecho a la secesión. En particular, desde el punto de vista nacionalista serbio, Kosova seguía siendo considerada como la provincia de “Kosovo-Metohija” o “Kosmet”, la tierra sagrada de la nación serbia, y en ella el poder último siempre debería pertenecer a Belgrado.

Por otra parte, Kosova se lamentaba justamente por tener un nivel de vida muy inferior a la media del país siendo sus habitantes ciudadanos de un mismo Estado, pues se trataba de la provincia más pobre de Yugoslavia. A ello cabe añadir que muchos no recibían ni eso, debido al altísimo índice de desempleo. En abril de 1981 hubo cientos de muertos en la represión emprendida desde Belgrado contra las nuevas exigencias

populares de que se reconociera a Kosova el estatus de séptima república yugoslava, a la vez que se denunciaba el elevadísimo desempleo y el subdesarrollo de la región.

Yugoslavia murió en Kosova debido a la *solución* elegida para tratar de resolver el desafío de aquellas movilizaciones iniciadas en 1981: el JNA se retiró en 1983, dejando la región en manos de la policía, controlada desde entonces por la minoría serbia. El gobierno de Belgrado impuso de nuevo el estado de excepción y recrudesció las medidas represivas.

La inferioridad demográfica de los serbios en Kosova exigió imponer una dictadura total sobre la mayoría albanesa, aunque hacerlo condujera a la guerra civil. Los albanokosovares se encontraron viviendo en un estado totalitario lleno de policías secretos, detenciones, espías, interrogatorios, sospechas, etc. En tal escenario, las posturas terminarían por radicalizarse irremediablemente. La intención de los albanokosovares de separar Kosova estimuló el llamamiento a la *defensa nacional serbia* y significó el aumento de la tensión bélica en toda Yugoslavia. Así, cuanto más decían los serbios sentirse amenazados por los albaneses, tanto más crecía el sentimiento de inseguridad entre los habitantes de las demás repúblicas. En 1988, Serbia derogaría el estatus de Provincia Autónoma de Kosova, otorgada solo 20 años antes, muchos de los cuales se vivieron bajo la opresión de la minoría serbia.

La crisis definitiva se dio entre 1998 y 1999. Kosova había llevado acabo una modélica campaña de resistencia no-violenta contra las autoridades serbias desde principios de la década. Liderados por Ibrahim Rugova, el *Gandhi albanés*, habían organizado unas elecciones paralelas e instaurado un gobierno oficioso que prestaba servicios sanitarios y educativos como medida de rechazo al totalitarismo serbio y por desconfianza hacia sus médicos y al tipo de educación que pudieran recibir en los colegios oficiales. Desgraciadamente, la comunidad internacional, quizá agotada tras el conflicto de Eslovenia, la guerra en Croacia y el cruento laberinto en que se había convertido BiH, prefirió mirar hacia otro lado, abandonando a su suerte a un pueblo que había sido el primero en denunciar el agresivo expansionismo serbio y el que más tiempo lo había sufrido.

El apego al poder de Milošević precipitaría los acontecimientos. En una posición cada vez más débil, decidió ganarse, como en 1988, a la opinión pública serbia dando un escarmiento ejemplar a los albanokosovares. Éstos, mediante la reciente aparición del UÇK, planteaban cada vez más problemas a las autoridades y a la minoría serbia, que suponía el 10% de la población, si bien continuaba monopolizando todos los cargos públicos. El desafío que suponía el UÇK era la excusa perfecta para lanzar una ofensiva definitiva que limpiase la región de albanokosovares. Sin embargo, la combatividad del UÇK, combinada con la crueldad de la policía serbia, terminó por abrir los ojos de la comunidad internacional. La intervención militar de la OTAN puso fin al genocidio mediante el cual Milošević pretendía crear un Kosova étnicamente puro, donde,

siguiendo la misma estrategia que en BiH, los musulmanes pasarían a ser refugiados fuera del territorio o cadáveres en él.

Tras un período de transición en el que Kosova se convirtió en protectorado de la comunidad internacional entre 1999 y 2008, el país estuvo preparado para declarar su independencia y vivir al fin en libertad y democracia. Reconocido por cada vez más miembros de la comunidad internacional, éste joven país pretende olvidar las violencias pasadas y construir un espacio que ofrezca a bienestar a sus habitantes y esté abierto a la participación de todos. El último obstáculo para la estabilidad del país lo supone la obstinación de los habitantes de los enclaves serbios, que rechazan participar en la vida pública y se niegan a ocupar los escaños que el nuevo Estado les reserva en el parlamento.

- **Bosnia y Herzegovina**

El primer elemento de enemistad intergrupal que ha sobrevivido hasta nuestros días arranca con el dominio otomano en los Balcanes. Tras la desaparición del Imperio de la Sublime Puerta, sus habitantes, mayoritariamente musulmanes, permanecieron en un territorio que en pocos años pasó de ser provincia otomana a austrohúngara, luego parte del Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos, luego fue el escenario del grueso de las acciones bélicas durante la Segunda Guerra Mundial —con la estela de tragedias y resentimientos que llevó consigo— y, finalmente, una república de las seis que constituían Yugoslavia. La convivencia interétnica era en general modélica, y BiH contaba con la proporción más alta de ciudadanos que se definía como yugoslava en los censos de población.

En las elecciones del 18 de noviembre de 1990 resultó vencedor el Partido de Acción Democrática (SDA) de Alija Izetbegović. En aquel momento, ante la posibilidad de independencia de BiH, en la que los musulmanes eran mayoría, la comunidad serbia más tramontana se rebeló, considerando inaceptable volver a ser minoría en el nuevo país. El gobierno confiaba en que la comunidad internacional reconociera la independencia, ganada en las urnas, del joven Estado, como ya había hecho unos meses antes con Eslovenia y Croacia. Sorprendentemente, ninguna potencia “movió ficha”. Esto hizo tanto a croatas como a serbios considerar no solo la posibilidad de engrandecer sus fronteras a costa de engullir BiH, dividiéndosela, sino sobre todo la oportunidad de unir a prácticamente todos lo serbios y croatas, respectivamente, en dos Estados engrandecidos en los que habría un minoría musulmana, en lugar de la menos deseable opción de la existencia de territorios irredentos poblados por cientos de miles de conciudadanos en un país musulmán. La inacción de la comunidad internacional fue interpretada como luz verde para destruir el gobierno musulmán. Esa sería la raíz de una guerra que tanto daño causaría hasta 1995.

Tras el referéndum por la independencia de BiH, los serbios cumplieron su amenaza de boicotear el parlamento y declarar unilateralmente la independencia de sus regiones, mientras los croatas hacían lo propio con las suyas, gobernados respectivamente por Radovan Karadžić y Mate Boban, quienes ya habían acordado ese reparto en una reunión que celebraron en Graz (Austria).

Las tensiones se dispararon el 2 de marzo de 1992, cuando en la boda de su hijo, el sacerdote ortodoxo Nikola Gardović exhibió una bandera nacionalista serbia gritando por las calles del centro de Sarajevo ¡Esto es Serbia! Su imprudente provocación le costó la vida. El 5 de abril, militares serbios abrieron fuego sobre una marcha por la paz en Sarajevo. Perdida la causa de retener a Croacia en Yugoslavia, Serbia estaba dispuesta a utilizar su fuerza militar para apoderarse de Bosnia. Algo parecido deseaban hacer los croatas en Herzegovina, unificando así las partes respectivas de BiH con Serbia y Croacia. Ello dejaba de lado la voluntad del grupo étnico más numeroso: los musulmanes bosnios.

Al no existir territorios étnicamente puros en BiH, la estrategia consistió en emprender una despiadada limpieza étnica en contra de la población musulmana local. El trabajo sucio contra los civiles estaría a cargo de facciones paramilitares, algunas tan tristemente conocidas como los Tigres de Arkan, los Halcones o las Águilas Blancas. Estos grupos estaban bien dotados de armamento que en gran medida había sido entregado por el JNA en su retirada. Estos nuevos *četnici*, como orgullosamente hacían llamarse, emulaban a sus antepasados manifestando un odio visceral hacia los bosniacos, a los que llamaban despectivamente *turcos*. ¿Dónde estaban la unidad y hermandad en la que tanto habían insistido desde Serbia para evitar la independencia de las otras naciones?

En las primeras etapas de la guerra, croatas y musulmanes colaboraron juntos en contra del enemigo serbio. Sin embargo, el acuerdo se rompió tras publicarse el plan de la ONU conocido como Vance-Owen, que proponía dividir el país en tres enclaves étnicos, uno para cada grupo. A partir de entonces, los bosniacos de Izetbegović y bosniocroatas de la Comunidad Democrática Croata (HDZ) de Boban, reforzados por este hecho, comenzaron a pelear entre sí por los territorios bajo su control, lo que provocó un mayor derramamiento de sangre y la agudización de la limpieza étnica.

De este modo, los bosniacos musulmanes se vieron entre dos fuegos, arrinconados, víctimas de un embargo de armas que sólo les perjudicaba a ellos ante la evidente ayuda de Serbia y Croacia a sus aliados en BiH, quedándose sin armas ni aliados. Así comenzó la tragedia de unos musulmanes que se vieron indefensos ante la oleada de violaciones masivas, limpiezas étnicas y sitio de ciudades, con colaboración tardía e insuficiente por parte de las potencias occidentales. Tuvieron que transcurrir tres largos años y suceder una larguísima serie de episodios tan cruentos que sonrojaron a la opinión mundial para que la comunidad internacional se decidiera a intervenir decisivamente. Así,

encontramos casos como el de Mostar, que tras ser asediado y bombardeado sin piedad por el JNA, sufrió tras su retirada una segunda guerra contra los croatas que trataron de apoderarse de ella a sangre y fuego. La destrucción del puente de Mostar dio la vuelta al mundo como símbolo de la convivencia entre naciones que saltaba en pedazos. Detrás de tan llamativa imagen estaban la muerte, el hambre, el miedo, las mutilaciones, los traumas y los campos de concentración que sufrieron los musulmanes de la localidad. En Sarajevo se dio la patética situación de una capital del corazón de Europa asediada, aislada, hambrienta, sin calefacción en crudísimos inviernos y llena de francotiradores, donde ante la vergüenza internacional ardía su legendaria biblioteca, perdiéndose para siempre más de dos millones de documentos, muchos de ellos originales irrecuperables. La bomba serbia que masacró en el mercado central a decenas de civiles que trataban de conseguir algo de comida fue solo la punta de un iceberg de sufrimiento. Pero sin duda los hechos más luctuosos tuvieron lugar en la localidad de Srebrenica, donde los paramilitares serbios al mando de Ratko Mladić realizaron un genocidio en el que asesinaron a sangre fría a más de 8.000 civiles desarmados ante la pasividad de los cascos azules de la ONU que supuestamente debían protegerlos.

Las atrocidades de aquella guerra han causado un enorme rechazo entre los bosnios musulmanes hacia sus vecinos serbios y croatas, con los que en virtud a los Acuerdos de Dayton comparten el país —artificialmente diseñado en 1995—, así como desapego hacia las potencias occidentales que contemplaron pasivamente su tragedia durante tres largos años. Estos traumas se han traducido en un reforzamiento de sus peculiaridades musulmanas, alimentadas también por Estados como Arabia Saudí o Irán, quienes siempre estuvieron de su lado y que financian gustosamente mezquitas, cursos de árabe y centros culturales islámicos, así como obras públicas relacionadas con el pasado musulmán otomano, caso del puente de Mostar por parte del gobierno de Turquía. Si Occidente se mostró tibio en la defensa de los bosnios por miedo a un caballo de Troya musulmán en medio de Europa, ha logrado el efecto contrario. Y es que, cuando los voluntarios muyahidines llegaron de Oriente Próximo para combatir junto a sus hermanos bosnios en 1993, se espantaron ante las relajadas costumbres de unos musulmanes que apenas iban a la mezquita, tomaban alcohol alegremente y cuyas mujeres vestían con naturalidad ropas occidentales. Al fin y al cabo, Yugoslavia había sido un próspero país socialista durante medio siglo. Sin embargo, en la actualidad, la necesidad de reafirmarse frente a unos adversarios políticos y antiguos enemigos de guerra con los que deben compartir el país —a veces pareciera que competir por él—, así como la islamización promovida por las ayudas exteriores de países musulmanes, han multiplicado las mezquitas y los hiyabs.

Al distanciamiento cultural cabe añadir la rivalidad política en un escenario electoral donde solo destacan las opciones nacionalistas, no habiendo ningún partido

que proponga gobernar en igualdad de condiciones para las tres comunidades que conviven en BiH. Si además consideramos los efectos de unos medios de comunicación comprometidos con unas u otras identidades, destacando siempre la violencia y agravios cometidos contra la propia comunidad, encontramos un escenario en que los resentimientos históricos mantienen unas tensiones latentes que, de desatarse, podrían originar una nueva escalada de violencia.

### **A modo de balance**

Tras contrastar las distintas memorias en conflicto, la principal impresión del investigador es que el recuerdo de las atrocidades habidas durante la guerra ha llevado a una reescritura de la coexistencia multicultural en lo que fue Yugoslavia que ha conducido a una letanía de victimizaciones nacionales.

En primer lugar, destaca como pese a la versión oficial de la historia impuesta por la dictadura titista desde 1945 hasta la década de los 80, se mantuvo una memoria social subalterna que fue perfectamente explotada por los líderes de las diversas facciones. Pese a los esfuerzos de adoctrinamiento yugoslavista, había prejuicios por los agravios históricos que nunca desaparecieron de la memoria colectiva de cada grupo. De hecho, las primeras tensiones que devinieron en las guerras tuvieron referencias muy claras a lo que se denominan *memorias suprimidas*. Los distintos nacionalismos se presentaron exactamente en esos términos, arguyendo que aspiraban a liberar la memoria popular de la opresión comunista y, por ende, a cada nación. En una sociedad dictatorial a la vez que descentralizada, fue fácil para los dirigentes políticos servirse de ellos, convirtiendo las difusas violencias pasadas en otras presentes, mucho más atroces, que darían lugar a nuevos resentimientos *del presente*, pero que sirvieron eficazmente a sus intereses. Como consecuencia, las nuevas narrativas del pasado desplazaron violentamente a las otras memorias de convivencia hacia la marginalidad, imitando así a los comunistas que criticaban mediante la imposición de una lectura particular de la historia —en este caso nacionalista— sobre el resto.

Otra característica fundamental es que, si bien las violencias del pasado continúan muy presentes, nadie parece percibirse de los crímenes que su nación haya podido cometer, sino, únicamente, de lo que las otras les han hecho sufrir. Una vez empezado el último ciclo de guerras balcánicas en 1991, esta actitud tuvo un importante impacto en el desarrollo de los acontecimientos. Así pudo observarse, por ejemplo, en las imágenes de Ratko Mladić arengando a sus tropas mediante referencias a la época de la dominación otomana antes de la carnicería de Srebrenica. Lejos de ser casuales, se utilizaban tales discursos por la certeza de que calaban en ideas ya presentes en la comunidad serbia, estimulando poderosamente su agresividad.

Es común, por tanto, encontrar en todos los casos una destacada tensión entre la continuidad y discontinuidad del pasado, entre lo que se recuerda y lo que se olvida y entre la amnesia y la nostalgia. En el juego de memorias de los tres momentos protagonistas —la violencia de 1991-95, los 45 años de convivencia comunista y la Segunda Guerra Mundial—, todas las partes aseguran describir hechos, no opiniones. Al mismo tiempo, se consideran víctimas de la agresividad de las naciones vecinas, mientras niegan las atrocidades cometidas por su grupo o, de resultar imposible, se justifican del mismo modo: fueron cometidos por individuos aislados que no representaban al conjunto, se realizaron en defensa propia o como respuesta a una agresión mayor o tuvieron lugar en medio de la locura y el descontrol que caracterizan a toda guerra. Además, todos tienen sistemáticos y comunes vacíos o silencios respecto a ciertos eventos. De hecho, suelen centrarse en un momento clave que refuerza su visión, al tiempo que ignoran el resto. Y es que, como señala Myerhoff, el que las memorias sean contradictorias e inconsistentes, en sí mismas y respecto a las demás, no impide a las personas creerlas y narrarlas.<sup>7</sup>

Así, por ejemplo, el momento clave de la Segunda Guerra Mundial para los croatas fue 1945, cuando los partisanos, incluyendo una mayoría de serbocroatas, masacraron a la población croata, lo que vivió su momento culminante en la masacre de Bleiburg y el subsiguiente *via crucis*. Por su parte, el momento clave de la Segunda Guerra Mundial fue 1941, cuando las unidades paramilitares *ustáše* masacraron a la población local serbia, siendo lo más destacable el campo de concentración de Jasenovac. Obvia comentar el baile de cifras respecto al número de víctimas de unos y otros dependiendo de la adscripción nacional de la fuente. Algo similar sucede con las cuestiones semánticas: lo que para unos eran los “Territorios ocupados en la República de Croacia”, para otros constituían la “República Serbia de la Krajina”. Además, ambos bandos tienen visiones diametralmente opuestas sobre si históricamente se trataba de una zona de mayoría serbia o croata, dependiendo de los parámetros geográficos y de cual se asumía como “año cero”.

Con frecuencia, incluso vecinos que habían vivido en los mismos pueblos durante toda su vida recuerdan la historia local de un modo radicalmente distinto. A través de vaguedad, amnesia y memoria selectiva, su reconstrucción del pasado corresponde en muy gran medida a una lectura exclusiva desde su nación respecto a numerosos momentos históricos significativos. Así, en la memoria colectiva del caso que nos ocupa, es común que se distinga entre coexistencia pacífica en el plano interpersonal a la vez que se sufría daño por parte del otro grupo como un todo, pero incluso ese hecho positivo con frecuencia implica acusaciones del tipo: “éramos amigos, y nos traicionaron”.

---

<sup>7</sup> Myerhoff, 1986: 264-5, 284.

A las experiencias directas de los individuos se une su percepción de que al referirse a las rivalidades interétnicas se tratan de cuestiones fundamentales para su existencia. Entonces debemos valorar el hecho de que terceras personas hayan podido alimentar previamente su juicio con ciertas versiones sobre sus vecinos. En este último caso, cabe preguntarnos para qué y por quién. Como observa Jansen «¿deberíamos mostrarnos escépticos si fueran exactamente los mismos que forjaron su poder y legitimidad a partir de esas memorias?».<sup>8</sup>

Podemos observar que cada versión nacional del pasado es muy compacta, a la vez que radicalmente distintas a las de unos pueblos vecinos que vivieron las mismas experiencias, pero desde un grupo étnico diferente. Y es que las narrativas del pasado contribuyen poderosamente en el modo en que los individuos se posicionan ante los hechos al encontrarse, según Tonkin, apoyados o amenazados por unas representaciones públicas del pasado que parecían garantizar o amenazar su identidad.<sup>9</sup> Siguiendo el mismo argumento de Tonkin, Jansen y Portelli observan como existen narrativas muy homogéneas según la pertenencia étnica de los individuos, su situación personal, el tema en particular de que trate, el contexto, la persona a quien se dirija, etc. Así, las referencias históricas son tan abundantes como ubicuas y selectivas.

De cualquier modo, en ningún momento podemos perder de vista que nos referimos a personas que han experimentado un enorme sufrimiento directo o a través de personas cercanas —traumas, discapacidades, desplazamientos forzados, empeoramiento de la calidad de vida, pérdida de familiares, etc.—, además de estar expuestos a unos medios de comunicación y partidos políticos que han perpetuado los resentimientos. No tendría ningún sentido ni sería justo exigirles imparcialidad, distancia o, en una palabra, *objetividad* a la hora de afrontar su pasado. Aún más cuando una sociedad como la española, étnica y religiosamente más homogénea que la exyugoslava, con cinco siglos de trayectoria como Estado unitario y tras más de 30 años de democracia, arrastra fuertes sesgos y divisiones sobre hechos sucedidos en la guerra civil, hace más de 70 años. Su presencia en nuestra vida política y social se manifiesta constantemente, pero el fracaso de la conocida como Ley de Memoria Histórica vino acompañado de innumerables tensiones, acusaciones y reproches mutuos, actitudes sintomáticas del largo camino a recorrer antes de superar aquella traumática división en *dos Españas*.

Una última cuestión, a mi juicio fundamental, es resaltar que, como nos recuerda Rosenthal —en oposición a la postura de numerosos estudios—, la experiencia vivida prevalece sobre la memoria social. Mi hipótesis es que, alimentada por intereses particulares, se pone en marcha un mecanismo de acciones que a menudo devienen en imparables

---

<sup>8</sup> Jansen, 2002: 92.

<sup>9</sup> Tonkin, 1992:10.

torbellinos de barbarie, de modo que la experiencia termina creando un monstruo mayor que el que se denunciaba en las memorias del pasado, dando pié a atrocidades incluso más extremas que las recordadas, sentando un nuevo precedente de enemistad y violencia potencialmente peligroso de cara a futuras tensiones y dejando de lado debates sobre la calidad de vida de las personas implicadas, el modelo de Estado en que se desea vivir, o cómo se organizarán la economía, la educación, la sanidad y el empleo.

## Bibliografía

- Galtung, Johan. 2003. *Paz por medios pacíficos, paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao: Bakeaz/Guernika Gogoratzuz.
- Glenny, Misha. 1992. *The fall of Yugoslavia*. London: Penguin.
- Greenfield, Liah. 1992. *Nationalism: five roads to modernity*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hartman, Geoffrey H.. 1994. "Darkness visible", en Geoffrey H. Hartman, ed., *Holocaust remembrance: The Shapes of Memory*. Oxford: Blackwell.
- Hayden, R. M.. 1994. "Recounting the dead: the rediscovery and redefinition of wartime massacres in late and post-communist Yugoslavia", en R. S. Watson (ed.) *Memory, history, and opposition under state socialism*: Santa Fe: NM: School of American Research Press, págs. 167–84.
- Herzfeld, M.. 1996. *Cultural intimacy: social poetics in the nation-state*. London: Routledge.
- Hobsbawn, Eric. 1991. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Myerhoff, B.. 1986. "Life not death in Venice: its second life", en V. Turner y E. M. Bruner, eds., *The anthropology of experience*, Urbana, IL: University of Illinois Press.
- Jansen, Stef. 1999. "Identities, memories and ideologies", *Social Anthropology* 7: 327-332.
- Jansen, Stef. 2000. "Victims, underdogs, rebels: discursive practices of Serbian protest", *Critique of Anthropology* 20: 393-420.
- Jansen, Stef. 2002. "The violence of memories. Local narratives of the past after ethnic cleansing in Croatia", *Rethinking History* 6: 77-94.
- Ignatief, Michael. 2002. «Elusive Goal of War Trials», Harper's, Marzo 1996, en "Articles of Faith, Index on censorship", Harper's, Septiembre/Octubre 1997.
- Lederach, Jean Paul. 2005. *The Moral Imagination: The Art and Soul of Building Peace*. New York: Oxford University Press.

- Minow, Martha. 2002. *Breaking the Cycles of Hatred: Memory, Law and Repair*. New Jersey: Princeton University Press.
- Portelli, Alessandro. 1988. "Uchronic dreams: working class memory and possible worlds", *Oral History Journal* 16: 46–56.
- Rosendahl, Mona. 1997. *Inside the revolution: everyday life in Socialist Cuba*. Ithaca: Cornell University Press.
- Ruiz Jiménez, José Ángel. 2010. *Balcánes, la herida abierta de Europa. Conflicto y reconstrucción de la convivencia*. Madrid: Plaza y Valdés.
- Smith, Anthony. 2004. *Nacionalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Todorova, Maria. 1997. *Imagining the Balkans*. Oxford: Oxford University Press.
- Tonkin, Elizabeth. 1992. *Narrating our pasts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Veiga, Francisco. 1995. *La trampa balcánica*. Barcelona: Grijalbo.
- Vovelle, Michelle. 1985. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel.